

Mellizas, no tan iguales.

Cuenta la gente que había una vez en un pequeño pueblo de Entre Ríos...perdón...en realidad no había una vez, porque fueron dos. Esto paso dos veces. Porque es la historia de dos hermanas mellizas (¡jojo! Mellizas, no gemelas. Eso quiere decir que estaban juntas, pero no tanto. Algo mínimo las dividía, pero era muy mínimo. Podrían haber sido de diferentes sexos, por ejemplo. Pero no. En este caso eran dos mujeres).

Una se llamaba Ilusión, y la otra Realidad.

Su madre fue muy hábil para educarlas, desde temprano fue despertando a las diferencias entre una y otra.

A Ilusión siempre le gusto jugar, jugar sola, jugar con otros, inventar juegos, pero a Realidad le costaba un poco más. Desde pequeñita se dejaba ver como el miedo la acompañaba. Aunque ella nos trataba de hacer creer que no eran miedos, era “una capacidad especial de saber lo que podía llegar a pasar”, acusando a Ilusión de no tener esto, y por eso golpearse más.

Al crecer, digamos más en la adolescencia, (cuando mostramos un poco más la hilacha), ya era más claro, mucho, pero mucho más claro... Ilusión disfrutaba más, pero también se frustraba mucho. En cambio, Realidad estaba más sola, pero parecía sufrir menos. Entonces allí se dio el gran desafío: Como hacer para que una pudiera ayudar a la otra.

Hubo muchos intentos.

Muchas ideas fallidas.

Muchas resistencias.

Hasta que apareció una, que funciono, (o por lo menos un poco).

Las invitaron a un viaje. Un viaje de aventura.

El objetivo: que juntas pudieran hacer cima en el Aconcagua.

Previo entrenamiento de ambas, (por supuesto a cada una le llevo diferentes tiempos), estuvieron preparadas para salir.

Al comenzar, Ilusión acelero el paso, (a ella le gustaba caminar rápido). Y Realidad, eligió ir más lento. Guardar energía y oxígeno, darle espacio a la adaptación.

Realidad llevo primero. Ilusión también llevo, no mucho después.

Realidad podía verla detrás, a lo lejos, así que se quedó tranquila.

Pero al siguiente día, no pudo levantarse. Las fuerzas eran pocas, las náuseas muchas, los golpecitos en el intestino parecían no terminar más... ¿Quién de ellas era esta? Si te lo estas preguntando: era Realidad.

A pesar de haber hecho todo bien, fue inevitable encontrarse con el síndrome de Montaña, (o apunarse, dicho entre nos).

Todo indicaba que ahí terminaba la aventura. Que lo que venía, según Realidad, era bajar, que era la mejor decisión. Es más, había otros alpinistas ahí parecidos a Realidad, que daban sus consejos, y tal como lo pensaba Realidad creían que lo mejor era descender.

Pero... siempre hay un pero... fue el momento de que la hermana entrara en acción.

Le pidió tener paciencia por dos días, solo dos días. Que juntas repasaran la ruta de viaje, que miraran fotos y videos que las habían motivado, que se permitieran dormir un poco más, hablar con quienes estaban bajando (y ya lo habían logrado), caminar por alrededores, tramos cortos.

Ilusión se propuso hacer reír a Realidad, que recordara otros momentos pasados donde había saltado dificultades y logrado éxitos (porque a todos nos hace falta, de vez en cuando, cosechar éxitos para ir por más...), y al principio costo, pero pudo.

La risa, los recuerdos, comenzaron a venir, y con eso también un poco de mejoría. ¡Pero no del todo, y ya había pasado un día!

Comenzó el segundo día. Ilusión se dispuso a todo. Ese día lo lograría. Hiba a lograr que Realidad se sintiera bien, y continuar.

Hizo todo, pero todo, bien.

Y no paso. Realidad seguía igual.

Allí el medico de montaña, dio su veredicto: había que bajar.

Realidad lo entendió rápido, lo acepto, el solo hecho de escuchar eso parecía hacerla sentir mejor. Pero comenzó a ver la tristeza de Ilusión. Y fue allí que, por primera vez en su vida, decidió hacer otra cosa fuera de lo aconsejado: seguirían.

En contra de lo pronosticado, a favor de lo que Ilusión soñaba.

Por un momento se fundieron en un abrazo largo, de esos que uno se da con otro cuando ambos queremos los mismo.

Al otro día retomaron el viaje. Realidad al ver a Ilusión tan contenta creyó sentirse mejor.

Comenzaron. Ambas convencidas. De acuerdo en lo que hacían. Con el mismo objetivo, pero con un malestar en el cuerpo de Realidad que no se iba.

Pasaron un par de horas.

Habían avanzado poco.

Debían decidir rápido si volver o acelerar el paso para que la noche no las alcanzara.

No fue fácil.

Y esta vez decidió Ilusión: Debían volver. Era más seguro. Era mejor para Realidad, así que también lo sería para ella.

No se equivocó. Al ir bajando, rápidamente su hermana se empezó a sentir bien. El color, la energía, hasta la risa, volvió a la normalidad.

Ilusión entendió que ella encontraba bienestar si su hermana también lo estaba.

Realidad entendió que a veces vale tomar decisiones fuera de lo más aconsejado, y que el solo hecho de intentarlo (si leíste bien: solo intentarlo) puede ser suficiente para alegrar al otro.

Dice la historia, que un par de años después...con más entrenamiento, pero también con más expectativas, lo lograron.

Llegaron a la cima, ambas, juntas.

Habían aprendido la lección.

Ilusión y Realidad vivieron muchos años más, fueron muy, muy, longevas.

Dicen por ahí que Ilusión se fue primero.

Pero... a mí, a mí me gusta pensar que se fueron juntas...